





# MARX Y LA MUÑECA

*Tour de force, 22*



Maryam Madjidi

# Marx y la muñeca

Traducción de Palmira Feixas

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *Marx et la poupée*

© Le nouvel Attila, 2017 - Paris, France

© Société nouvelle des Éditions Anne Carrière - Paris, France

Obra publicada mediante Mon Agent et Compagnie

6 rue Victor-Hugo – 73000 Chambéry - France

[www.monagentetcompagnie.com](http://www.monagentetcompagnie.com)

© de la traducción: 2018 Palmira Feixas

Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

[minuscula@editorialminuscula.com](mailto:minuscula@editorialminuscula.com)

[www.editorialminuscula.com](http://www.editorialminuscula.com)

Primera edición: noviembre de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © iStock.com/SkyNext

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-948366-0-2

Depósito legal: B-25.002-2018

*Printed in Spain*

*Para Abbas*



Primer nacimiento



«La patria no es más que un campamento en el desierto.»

Proverbio tibetano

«El vivir no admite bromas.

Has de tomar en serio el vivir.

Es decir, hasta tal punto y de tal manera  
que aun teniendo los brazos atados a la espalda,

y la espalda pegada al paredón,

o bien llevando grandes gafas

y luciendo bata blanca en un laboratorio,

has de saber morir por los hombres.

Y además por hombres que quizá nunca viste,

y además sin que nadie te obligue a hacerlo,

y además sabiendo que la cosa más real y bella es

vivir.»

Nâzim Hikmet<sup>1</sup>

1. Nazim Hikmet, *Antología*, selección, traducción y prólogo de Solimán Salom, Madrid, Visor Libros, 2005. (*N. de la T.*)



## La piedra

*Un hombre está sentado en una celda, a solas.  
En una mano tiene una piedra y, en la otra, una aguja de coser.  
Labra la piedra con la punta de la aguja.  
Graba un nombre.*

*Cada día, talla y esculpe ese nombre en la piedra. Así no pierde  
la razón en la cárcel.*

*El nombre es Maryam. Acaba de nacer y, para tratar de reme-  
diar su ausencia junto a ella, le hace un regalo que espera  
poder darle algún día.*

*Encontró la piedra en el patio de la cárcel y, a escondidas,  
consiguió hurtar una pequeña aguja de coser.*

*Una manera de decir que piensa en ella, en el bebé de apenas  
unos días que tiene toda la vida por delante.*



## Érase una vez el vientre de la madre

Una niña crece en el vientre de una mujer.

—No, tú no irás a la manifestación; eres una mujer y es peligroso.

Su hermano mayor acaba de atizarle un bofetón. Ella no dice nada, pero le clava su mirada negra de mujer obstinada y sale a la calle a levantar el puño con orgullo y a mezclar su voz con la de la muchedumbre furibunda. Va a recibir muchas más bofetadas y también insultos, pero a los veinte años nada puede detenerla, ni las bofetadas de su hermano ni el embarazo, ni siquiera el miedo a que la maten.

*1980 – Universidad de Teherán*

Un nubarrón de humo a lo lejos, disparos y gritos.

Tengo miedo, presiento el peligro y me acurruco un poco más en el interior del vientre, pero ese vientre va derecho hacia la muerte, empujado por una fuerza irreprimible.

La joven madre corre por los pasillos de una universidad. Casi se cae: por poco resbala sobre un charco de sangre cuyo rastro lleva hasta un aula de la que salen unos gritos desgarradores.

Se acerca a echar un vistazo. A través de la puerta entreabierta, ve a una chica tendida sobre una mesa, a la que un hombre intenta violar. A su lado, en el suelo, un muchacho a quien están rompiendo el cráneo a bastonazos. Se pone la mano en la boca para ahogar un grito de espanto.

Está trastornada y le tiemblan las piernas.

Por todas partes vuelan hojas, hojas de apuntes, formularios de inscripción, dosieres. Han hecho pedazos las páginas de los libros; han volcado estanterías enteras; unas manos registran los cajones; unas bocas chillan. Han pisoteado los velos de las mujeres; unas manos les arrancan el pelo. Arrastran a las mujeres por el suelo, ellas forcejean y los hombres que las arrastran las tratan de zorras. Esos hombres tienen los ojos inyectados en sangre y blanden unos bastones erizados de clavos. Vociferan «*Allah Akbar*».

El ruido de un cráneo que están rompiendo.

Sigue corriendo, pero no logra encontrar la salida. Ve a jóvenes cayéndose al suelo; oye gritos, le sangran los oídos; quisiera desaparecer —volverse tan pequeña como una hormiga— y escabullirse en un rincón con su bebé.

Su bebé. De repente, cobra conciencia de que está embarazada.

Mi madre lleva mi vida, pero la Muerte danza a su alrededor riéndose a carcajadas, con la espalda encorvada; sus largos brazos esqueléticos quieren arrancarle a su hija; su boca desdentada se aproxima a la joven encinta para engullirla.

La han visto dos hombres, que llevan bastones con clavos y se dirigen hacia ella. Hay una ventana abierta.

Embarazada de siete meses, debe saltar desde el segundo piso, vacila, se da la vuelta y su mirada se fija en los bastones; ya nota los clavos hincándosele en la carne.

Salta.

Ella salta y yo caigo.

Tú estás suspendida en el aire y yo caigo.

Caigo y tu vientre se hunde, mientras me encojo hasta el punto de desaparecer.

Caigo y me abandonas en ese vientre suspendido en el vacío.

Me expulsas fuera de ti. Mi primer abandono. Mi primera herida de amor.

Ángel sin alas, loca irresponsable mía, dulce asesina mía; en ese instante, cavaste un hoyo en mi interior en el que echarán raíces todas las angustias de mi futura vida.

Tú caes y, por un segundo, yo muero en tu vientre convertido en tumba.

La madre está echada en el suelo, incapaz de moverse, atenazada por un dolor punzante en la pierna. Con la cabeza vuelta hacia el cielo y los ojos abiertos de par en par, contempla las nubes blancas. Reconoce la forma de la cabeza de un caballo en una nube. Se le nubla la vista, le pesa la cabeza; justo antes de sumirse en un sueño profundo, se posa las manos en el vientre.

El bebé se mueve.



## Érase una vez la voz de la abuela

Al principio, es una voz, tan solo una voz, para mí.

Su voz me llega a través de la pared de piel, de carne, de sangre y de placenta que me protege contra la barbarie del mundo exterior.

Su voz es tenue, mineral, de acentos agudos; un encaje que vibra al viento pero que oculta entre sus mallas una pequeña aguja olvidada, dispuesta a picar en el acto para defenderse o llamarnos al orden.

—¡Eres una inconsciente acabada! Te vas a matar y vas a matar a mi primera nieta.

—No había más remedio. No podía dejar que mataran así a mis camaradas.

—¿Acaso salvaste a alguno, con tu bombo de siete meses?

—No, no salvé a ninguno, pero lo vi.

—¿Y qué es lo que viste?

—Si tú supieras, *madar...*<sup>2</sup> No debemos olvidarlo jamás.

—Ya basta de estos delirios, ¿me oyes? Te quedarás aquí hasta que des a luz. Y luego, ¡mal rayo te parta!

2. «Madre.»

—Daré testimonio de lo que han visto mis ojos.  
—Pero ¿qué diantres significa «dar testimonio»?  
—Y el bebé también dará testimonio por su parte, lo sé.  
—Al bebé intenta regalarle tres meses de reposo. ¿Ves esta llave? Es la llave del cuarto, voy a encerrarte hasta el día del parto.

Hete aquí secuestrada en casa de mi abuela.

Estás tumbada en un mullido sofá en el salón. Hace bueno. Una madre alimenta a su hija, que alimenta a su bebé. Las manos de mi abuela se afanan. Prepara la comida: de la cocina emana un olor delicioso y dulce a arroz aromatizado con azafrán.

Yo ya quiero a mi abuela, mi gran protectora. Reconozco de inmediato su timbre de voz desde el interior de ese vientre agitado. Mama Masumeh, quisiera que nos tomaras como rehenes en tu casa para siempre, que no nos dejaras marcharnos nunca. Danos más platos succulentos, más té, más calor y más golosinas. Cuida de mi primera casa. Envuélvenos, haz callar los gritos del mundo, sigue hablándonos. Oigo el ruido de la tetera que silba en el fuego. La parra se balancea sobre los muros, un gato pasa furtivamente, mi madre se acaricia el vientre. Al fin descansa como una embarazada razonable. Lejos de las manifestaciones, de las octavillas, de los clavos hincados en el cráneo de la juventud. Cierra los ojos con el propósito de olvidar, pero las imágenes macabras desfilan sin cesar ante ella para atormentarla. Ejército de fantasmas sin boca, reclamáis vuestro testimonio, pero ahora no, tened piedad, dejadnos en paz, marchaos. Os doy patadas para ahuyentarlos. Mi madre se sobresalta. Ya está, te he hecho volver al umbral de la vida, al igual que la voz de mi abuela. Entre las dos te mantendremos alejada de ellos.